

LA BÚSQUEDA DE SENTIDO

“He arado en el mar”, se quejaba Bolívar al constatar la vanidad de sus esfuerzos por crear una América hispana libre, unida y próspera.

“Si hubiera hecho por Dios lo que hice por ese hombre, decía Colbert, en su lecho de muerte, estaría diez veces salvado. Y ahora no sé lo que va a ser de mí”. “Ese hombre” era Luis XIV, el rey de Francia, a quien él había servido 16 horas diarias durante lo mas de su vida y que le había pagado mal.

El artista que ha dedicado su vida a la belleza o al arte; el científico que ha pasado horas y horas en su laboratorio buscando el “como” de los fenómenos del universo o de la vida; el empresario o el financista que ha logrado reunir una fortuna, se preguntan en algún momento de su vida –a menudo cuando se acerca la hora de la muerte- acerca del “sentido” de su vida: “¿Valía la pena vivir para eso?”, “y ahora ¿qué?”.

Así como el navegante, en alta mar, no se contenta con saber “dónde” está sino que quiere saber hacia “dónde” va y “para qué”, así también nosotros necesitamos dar un sentido a nuestras vidas. Y eso en el doble sentido de la palabra “sentido”. Hacia dónde vamos, o sea qué “dirección” seguimos, y “por qué” y “para qué” seguimos esa dirección.

Durante milenios, las religiones dieron sentido a la vida humana. Y también las filosofías. Lao Tseu, el Buda o Platón marcaron rumbos y muchos lo siguieron. El mundo occidental al que pertenecemos, el mundo europeo y americano encontró su sentido en los libros de la Biblia, en la gran tradición judeo-cristiana. Desde la revelación de Dios a Abraham hasta la conversión de San Pablo camino a Damasco, la religión israelita y la religión cristiana nos han dado una verdad en la cual creer, una razón de vivir, una esperanza en el futuro, una pasión que nos anima y que es el amor. Al decaer la fe ante los embates de la “modernidad” hemos perdido

la unanimidad en la acogida y aun en la búsqueda del sentido religioso de la vida. Los políticos trataron de suplir ese vacío. El laicismo, el nazismo, el marxismo ocuparon un tiempo el lugar de la religión. Pero ellos también pasaron. Y ahora ¿qué?

Los sociólogos observan con interés esta búsqueda de sentido, a veces desesperada, que lleva a tantos europeos y americanos cultos y afluentes a buscar en las religiones o sabidurías orientales, en las creencias primitivas, en los esoterismos y las brujerías, o en el sicologismo al estilo “new age”, las estrellas que guíen el curso de sus vidas, naves desamparadas.

Nos proponemos en estas páginas estudiar las condiciones en que el hombre moderno emprende esta búsqueda de sentido y también los diversos sentidos que va encontrando o que va dejando de lado nos servirán de coordinadoras dos rasgos propios de la modernidad actual: la personalización, por la cual el hombre se desprende de su entorno tradicional: familia, iglesia, cultura, partidismo político...para centrarse en sí mismo y verlo todo desde sí mismo y en función de sí mismo; y la globalización que le permite rehacer su mundo personalizado, aprovechando elementos tomados del mundo entero, y no sólo como hasta hace poco, de su entorno familiar y local.